

10. Retirada

La caída de Irún produjo en Guipúzcoa un efecto dominó. A los pocos días las tropas sublevadas entraban en San Sebastián, el 13 de septiembre de 1936, y, casi sin resistencia, continuaron hacia el Oeste. Llegaron a la linde con Vizcaya el 27 del mismo mes, solo la ciudad de Eibar quedó en manos republicanas, justo homenaje a la primera ciudad española que proclamó la República y merecida defensa de un lugar tan emblemático y solidario.

El repliegue de las fuerzas leales fue posible gracias al corredor que se mantuvo abierto, paralelo a la costa. Los rebeldes podrían haberles cortado la retirada por Lasarte y Hernani con las tropas que llegaron a Tolosa desde Lekumberri. Es posible que no fuera la casualidad ni el arrojo de los leales lo que posibilitó ese pasillo por donde organizar un repliegue ordenado. Hay quienes opinan que fue una táctica militar de los fascistas para eludir que San Sebastián quedara sitiada, impidiendo así que fuera destruida y, posiblemente, incendiada como Irún, siniestro ejemplo a evitar para el resto de la contienda.

La ofensiva del Norte no era la única, había muchas otras en el resto de España, el mapa de la península era cambiante, los azules empujaban aquí y allá envolviendo a los rojos, que luego contraatacaban y volvían a modificar los planos castrenses. Por momentos, parecía que la República recuperaba su poder con la victoria de una batalla y después los

alemanes apagaban la euforia con el ruido de los bimotores de su Luftwaffe. Las radios de lámparas, que se escuchaban por las noches en algunos hogares españoles, inquietaban a la población insomne con noticias contradictorias, según oyeran el Parte de Burgos o Radio España Independiente. Todos tenían a un familiar en el frente, en el otro bando, al otro lado, en prisión, desaparecido o temían la llegada de unos u otros, todos.

Lo esencial era el resultado de la guerra en general. Por este motivo, en varias ocasiones, los atacantes tuvieron que prescindir de importantes recursos en momentos claves, como tropas y artillería pesada, destinándolos a otros frentes para desesperación de quienes luchaban con tanto ahínco. Las trincheras del Norte avanzaban o se estancaban en función de las demandas del resto de España.

Las fuerzas del Eje, Alemania e Italia, ya estaban volcadas con el ejército de Franco, sus soldados, sus cañones y, sobre todo, su aviación martilleaba sin cesar las posiciones republicanas. Diez meses después del Alzamiento se evidenció quién iba a ser el bando perdedor gracias a la valiosa colaboración de los fascistas extranjeros. Por contra, el resto de Europa insistía en no ver lo evidente: la decidida implicación ítalo-germana, y seguía negando su ayuda al gobierno legalmente establecido.

Los Estados de la no intervención escondían la cabeza bajo sus alas, cuidando en no enemistarse con los alemanes, mirando hacia el este, negando el humo y el olor a sangre que venía del Oeste, de España. A medio plazo, esa actitud les pasaría factura con la Segunda Guerra Mundial; habían desaprovechado la oportunidad de poner freno a tiempo a la Alemania nazi y a la Italia fascista o, al menos, de

evitar su rearme. Prolongaron una paz artificial y no evitaron la guerra más cruenta de la historia, su guerra, unos pocos años después de que sus futuros enemigos se entrenaran en el lodazal español, probando sus tanques, cañones y cazas contra la República y, en muchos casos, la población civil.

El Estado Mayor franquista, establecido en Salamanca, dio por buena la situación en el Norte: habían recuperado Guipúzcoa al tiempo que cortaban a los republicanos su cordón con Francia; solo les quedaba la vía marítima y de ello se ocupaba su marina de guerra. Los enemigos quedaban aislados del resto de sus tropas y sitiados; esa zona –Vizcaya, Cantabria y Asturias– infectada por el virus comunista, sin olvidar que la población católica era mayoritaria, se iría descomponiendo poco a poco sin necesidad de gastar ni un soldado más.

Olvidaron que Alemania no estaba allí por simpatía o ideología: tenía intereses de mucha más envergadura como asegurarse el suministro del carbón astur, del hierro vizcaíno y de las fábricas de armas vascas para su ansiada y planificada campaña en Europa del Este. Había que continuar avanzando según el deseo y la orden de sus socios y amigos del Eje. Alemania ordenaba.

Mientras tanto, el nacionalismo vasco se manifestaba desconcertado, por un lado, el gobierno republicano había aprobado su ansiado Estatuto de Autonomía y reconocido las competencias del Gobierno Vasco, pero, por otro lado, su conservadurismo y catolicismo le aproximaban a los rebeldes. Es cierto que luchaba, con ahínco y aportando muchas vidas, para defender a la República, pero había fundadas dudas ante la quema de alguna iglesia, la ejecución de sacerdotes o el fusilamiento indiscriminado de

civiles, ¡incomprensible! De hecho, hubo reiterados intentos de lograr un alto el fuego por separado para evitar más masacres.

La superioridad de los atacantes era patente, especialmente en el aire, los Junkers alemanes y los cazas italianos creaban la desolación a su capricho. El Presidente del Gobierno Vasco, que había reorganizado su propio ejército, reclamaba incesantemente al gobierno republicano una ayuda material que nunca llegó; en abril del 37 tenían ¡un solo caza!, y quizás en mal estado.

Bilbao fue bombardeada dos veces antes de la invasión por tierra, en septiembre del 36 y en enero del 37, sin demasiados efectivos ni eficacia, probablemente solo para minar la moral de la población. Nunca fue martilleada como otros lugares, tal vez para evitar dañar su industria, a pesar del reiterado deseo del general Mola, que hubiera querido arrasarla, y por la intervención del nacionalismo vasco que ya mediaba con los rebeldes en busca de una solución pacífica.

La respuesta de algunos defensores republicanos extremistas a los bombardeos fue macabra, en ambos casos ejecutaron a presos militares y civiles de derechas que custodiaban en barcos-prisión y en cárceles; lo hicieron sin el beneplácito de sus autoridades que juzgaron y condenaron la acción como crímenes de guerra. El mal ya estaba hecho y murieron centenares de personas salvajemente, una vez más.

Mientras, en este gran teatro de la guerra, con tanto dolor, crueldad, humo y sangre, el pequeño Lucas respiraba solo amor y mimos. Su madre volcaba en él su abundante ternura sin transmitirle la inquietud que sentía por la vida de Krispín. Había sabido que logró escapar con Locuras y rescatar a

varias personas que huían de la barbarie invasora en San Sebastián. Los imaginaba en cualquier puerto de la costa vizcaína explotando sus habilidades pesqueras. No tenía noticias de su marido, pero no le mortificaba, sabía que era capaz de sobrevivir en cualquier circunstancia, era un tipo valiente pero listo y prudente. Tenía la certeza de que se cuidaría y volvería pronto.

Los abuelos se multiplicaban para asegurar que al niño no le faltara de nada y menos a la madre cuyos sólidos pechos amamantaban con generosidad al rey de la familia.

Mentxu volvió a compartir habitación con su hermana, cuna de por medio, y una noche le contó su apasionado encuentro con Antxon en Fuenterrabía. El relato fue tan vivo que Amalia soñó las mismas escenas con Krispín y tuvo, al menos, un ruidoso orgasmo. Medio dormida amó con locura a su marido, se movió rítmicamente y no quiso despertarse. Su cama mojada y la mirada cómplice de su hermana fueron los únicos vestigios del amoroso naufragio, esa noche y otras más. Recordaría durante muchísimo tiempo estas imágenes, tan necesitada de olor a hombre, en las que Krispín era protagonista sin saberlo. Le hubiera gustado también a él.

La PYSBE donde trabajaba Francisco y donde soñaban hacerlo Krispín y Antxon, tenía todos sus barcos requisados y transformados en buques de guerra. Les habían instalado unos cañones de escaso calibre y patrullaban por el Cantábrico, unas veces escoltando a mercantes que traían armas y mercancías a las tropas republicanas del Norte, otras transportando personas a Francia o al revés.

El abuelo ya no tenía nada que hacer, como no fuera mirar por la ventana a la bocana del puerto de

Pasajes y escudriñar el horizonte queriendo adivinar si aquel buque era de un bando o de otro. Miedo y hastío. A saber qué ocurría en su Galicia natal, seguro que estaría mejor, allí los nacionales habían vuelto a poner orden, como debía ser.

Sí, tenía algo de qué ocuparse a diario: iba a los muelles a la descarga de la escasa mercancía que traían los barcos de bajura que todavía faenaban e intentaba obtener algún pescado entre sus antiguos compañeros. No era fácil, había un riguroso control, una parte para el ejército, que era mucho, y otra para el mercado. Pero de vez en cuando caía una pieza en su hatillo.

La zona pesquera de Pasajes volvía a su antigua estampa de veinte años atrás; solo una zona reducida estaba activa con barcos de pequeño tonelaje que trabajaban en aguas cercanas. Hasta las rederas parecían no tener mucha prisa y reparaban las redes, tensándolas y repasándolas, sentadas en el muelle con las piernas estiradas.

Esa mañana, Francisco volvía sonriente a casa, le había ido bien, entre saludo y saludo a sus conocidos, acababa de lograr un buen trofeo, pagando, eso sí, y se relamía pensando cómo Maritxu iba a cocinar aquel besugo. No le inquietó ver un coche negro a la puerta de su casa. Subió un poco acelerado y encontró la puerta abierta de su piso y a un individuo con gabardina en el rellano. El tipo se apartó con desgana dejándolo pasar. En la entrada el Apóstol Santiago, impasible e iluminado por una vela, era mudo testigo de lo que sucedía. Su mujer lloraba en la cocina con aspavientos, a la vez que secaba sus lágrimas con el mandil, sentía arañazos en su estómago por su hija y por su nieto; desearía haberse mareado y no despertar jamás.

—Han venido por Krispín —le dijo entre sollozos a su asustado marido—. Y como no está quieren llevarse a Amalia —lloró al compartir esa información que le partía el alma.

Francisco dejó su inútil tesoro encima de la mesa de mármol de la cocina y fue a la habitación de sus hijas trastabillando y pegando con sus hombros en los marcos de las puertas. Mentxu, blanca, intentaba mantenerse de pie y terminaba de hacer la maleta de Amalia, incluyendo pañales y ropa de Lucas, mientras que la hermana envolvía a su hijo sin decir palabra, pero con los labios morados; solo temía por su hijo, por lo demás se sentía orgullosa y cómplice de su marido, formaba parte de su historia.

—Déjalo aquí, nosotras cuidaremos de él —dijo resuelta la abuela cuando ya iban por el pasillo hacia la puerta de salida.

Amalia apretó a Lucas contra su pecho a la vez que se giraba alejándolo de Maritxu que con los brazos abiertos reclamaba al bebé. Cruzó su mirada con el policía que la esperaba y vio en su cara el gesto de negación que ratificaba su decisión.

—Tranquila, mamá, por favor. Solo será un momento, volveremos esta misma tarde. —Amalia mentía, conocía bien los rumores que corrían en la población sobre represalias a las familias de soldados republicanos y sobre todo sindicalistas. Nunca creyó que fuera posible, le pareció increíble. Debió haberse ido antes. Ya era tarde.

De nada sirvieron las súplicas de la abuela ni los encendidos elogios de su marido a la causa nacional, los dos individuos cumplieron su misión sin violencia, y hasta con deferencia por la imagen de la joven madre, lívida con su bebé en brazos. No se llevaron

a Mentxu, la hermana soltera, desconociendo su relación con Antxon al que también tenían fichado. La salvó el no haberse casado, el no estar en los papeles. Los captores no podían imaginarse que el peligroso Antxon, era el amor de la joven llorosa que despedía a su hermana en el quicio de la puerta.

A Francisco aún le temblaban las piernas cuando llegó al Ayuntamiento. Allí trabajaban ahora algunos antiguos compañeros suyos con el uniforme de la Falange, camisa azul marino con el escudo rojo bordado en el bolsillo, corraje negro y botas de media caña. Dos eran importantes, al parecer; uno de ellos lo recibió con desgana, les estaba comprometiéndolo, pero Francisco pudo contar su terrible pesar, su dolor. Tenía la seguridad de que era un error, y que pronto volverían su hija y su nieto, tal vez esa tarde.

—Francisco, coño —le interrumpió sin miramiento—. No me digas que ahora te enteras que tu yerno es un hijo de puta. Que nos ha jodido y mucho.

—Claro, claro —cambió el tono quejica—. Si ya le decía yo a Maritxu..., pero embarazó a la niña y ya ves tú ahora... —se posicionaba al lado de los vencedores; en realidad siempre lo estuvo.

—Te voy a decir una cosa, si encontramos a ese Krispín nos lo cargamos aquí mismo. ¿Está claro? Y lo de tu hija... Mira que liarse con ese cabrón. En fin —dijo llevándole a la puerta—. Ya veremos qué se puede hacer.

Salió apesadumbrado, consciente de que el caso era muy serio. Sus supuestos amigos le habían abierto los ojos de una bofetada y vio claro que no moverían un dedo por ayudarlo. Para ellos había empezado la cruzada por una España Grande y Libre, de rojos, claro.

Cuando llegó a casa, Maritxu le contó exultante que había estado con las mujeres de tal y cual mandamás franquista y todas le aseguraron que era un error, que su hija y nieto estarían de vuelta enseguida. Francisco no le negó la esperanza que sabía inútil. La puerta de la habitación de sus hijas permanecía cerrada con Mentxu dentro, se escuchaban los sollozos entrecortados. La abuela, medio demenciada, cocinó el besugo en silencio para cuando volviera Amalia.

En las horas siguientes sintieron el frío de la ausencia, del vacío, de la angustia... Al amanecer, Francisco salió temprano de casa, durante la noche sus pensamientos giraron alrededor de su hija y pararon, como la flecha de una ruleta, en un nombre, Joaquín Álvarez, antiguo patrón de PYSBE, de derechas de toda la vida y no arribista como los que visitó de víspera. Un hombre honesto, y además le debía un favor: durante la huelga que unos meses antes había asolado Pasajes, los piquetes entraron violentos y excitados en las oficinas que la empresa tenía en Trintxerpe, rompieron una máquina de escribir y tiraron algunos archivos; buscaban a alguien a quien partirle la cara, como mínimo, y ese no podía ser Francisco, un chupatintas como ellos, que ni se inmutó y siguió sentado en su despacho. Joaquín Álvarez estaba allí, escondido, acurrucado entre las piernas del administrativo y tapado por su mesa cuyos faldones de madera llegaban al suelo. De haberlo descubierto, la suerte de Francisco y de Joaquín no hubiera sido la misma.

Lo recibió en el salón de su casa con cara de intuir por dónde iba la visita. Era muy temprano y estaba sin afeitarse. Escuchó con atención. Cuando el abuelo terminó se produjo un silencio solo roto por el reloj de cuco del patrón.

—No es el primer caso que conozco, Francisco. A las mujeres de los huidos y hasta de los fallecidos, las consideran tan culpables como ellos. Veré qué puedo hacer, me acercaré al gobierno civil esta mañana. Vuelve esta tarde, ya sabré dónde está, al menos. —Se involucró.

Amalia no estaba retenida, sino presa junto a su hijo. No se trataba de saber qué hacía ni qué pensaba, el solo hecho de ser la mujer de un tipo como Krispín era más que suficiente, estaba contaminada, era una enferma y había que separarla del resto de la población.

La intervención de Joaquín no curó su enfermedad pero evitó que fuera a la cárcel de Ondarreta, en la playa Oeste de San Sebastián, allí habría sido trasladada, a las pocas horas, si no hubiera mediado el patrón de Francisco. Aquello era un infierno, un lugar maldito donde habían sido ejecutados cientos de personas de uno y otro bando, los carceleros actuales fueron antes presos y lo que ellos no maltrataban lo hacía la humedad del mar cuando subía la marea y las pésimas condiciones en las que vivían quienes allí estaban hacinados.

—Estate contento, Francisco. Al menos tu hija y tu nieto no están en Ondarreta. Algo es algo. Luego ya se andará. —Le despidió dándole un abrazo, cosa que jamás había hecho. Eso le inquietó más que tranquilizó.

La llevaron con el niño a una cárcel provisional que habían habilitado en los bajos del antiguo casino Kursaal, detrás de las escalinatas de la entrada principal, en unos locales que se utilizaban como almacén para mesas, lámparas y tramoyas. Había unos barrotes colocados probablemente para evitar robos de material y sirvieron como celdas colectivas, sin

luz ni baños próximos, pero amplias. Varias mujeres se acurrucaban al fondo.

Las visitas habían sido prohibidas, pero los abuelos, Francisco y Maritxu, volcaban todo su cariño en magníficos paquetes de comida y ropa, con cuidado de no dejar rastro de sus lágrimas. No sabían el verdadero destino de sus valiosos regalos.

Llegó la Navidad de sopetón, la primera de la guerra civil, sin campanadas ni turrón; católicos y ateos solo querían que pasara pronto, a todos les lloraba el alma por un motivo u otro. Nadie creyó que un conflicto semejante pudiera producirse nunca, ni que durara tanto. Pensaron que la próxima Pascua la pasarían en paz.

Joaquín les informó que el caso de Amalia había sido ya visto por el Tribunal Militar y condenada solo a prisión indefinida; se le permitiría tener y amamantar a su hijo hasta que tuviera tres años y no decían qué pasaría después. Pero no sería trasladada lejos, de nuevo tuvieron suerte que le asignaran una prisión cerquita: la Cárcel Nacional de Saturrarán.

¡Qué atrocidad!, tener que llamar suerte a que solo fuera condenada a prisión indefinida y que le asignaran a una cárcel cercana. Encima, tenían que estar contentos porque no le había tocado la metralleta. Era una horrible pesadilla. ¿Por qué? ¿Por qué?

